

SENTIMIENTOS POR PIENDAMÓ, EN SUS 100 AÑOS DE CREACIÓN

Definitivamente fueron sus hermosas y embrujadoras campiñas arrugadas, las flores que adornan su infinito horizonte, las muestras de grandes valores y calidades humanas y por supuesto, las cálidas expresiones de amistad que profesan sus gentes, las que permitieron desterrar de mi mente, el frío concepto guardado sobre una tierra que sólo era apreciada velozmente, en mis constantes viajes hacia el norte, el oriente o el occidente del Cauca. En efecto, hasta hace algunos años, dar testimonio sobre el conocimiento que tenía sobre la población de Piendamó, entendida como ciudad y municipio en general, era una sencilla oportunidad para rememorar un vetusto edificio de claro valor arquitectónico, pintado casi siempre de amarillo y ubicado al costado de un espacio irregular en el cual hacían paso obligado y desordenado todos los vehículos de transporte público, ante los cuáles se atiborraban infinidad de vendedores callejeros ofreciendo de manera peculiar y hasta cómica, productos propios de aquellos que demandan los transeúntes.

Que injusta y equivocada apreciación la que me acompañó durante mucho tiempo. Fue apenas por allá, en el lejano año 1991, cuando por efectos de un sortilegio de enorme trascendencia, mi destino terrenal se engalanó con el conocimiento pleno de este hermoso terruño, que de inmediato se aferró a mi corazón. Profesionalmente me encontraba vinculado con la formidable estrategia presidencial empeñada en acercar oportunidades a las comunidades para integrarse debidamente al Estado, formando parte integral e insustituible de él, y que históricamente se conoció como Plan Nacional de Rehabilitación PNR. Siendo el responsable de la actividad misional de contribuir al fortalecimiento del Proceso de Descentralización Política,

Administrativa y Fiscal recientemente instaurado, arribé montado en el bus de las grandes expectativas, a ofrecer mis modestas capacidades, experiencias y servicios al Gobierno del Ingeniero Luis Albeiro Villaquirán Burbano, ocasión que me deparó, no solo la oportunidad de añadir un hito más a mis quehaceres laborales, sino y sobre todo, vincularme a un ejercicio claro y cargado de las mejores intenciones para satisfacer las expectativas de una comunidad activa, organizada y llena de retos para tornar dignas, tanto su vida como su cotidianidad.

Era la época en la que se estrenaba la presencia institucional utilizando los creados Distritos, decisión que por cierto validó un modelo en el cual era totalmente evidente y eficaz el peso de la voz ciudadana que se consultaba. Conocí el territorio municipal en su totalidad, me enamoré de su incomparable geografía plagada de espacios idílicos para darle rienda suelta a los sentimientos anidados en el corazón, estreché la mano de cientos de caracterizados y valiosos líderes, alabé la calidad del compromiso delante de los servidores públicos de la época y por supuesto, aproveché la oportunidad para crecer mi círculo de amigos nuevos y consolidar mi aprecio infinito por los que ya conocía.

Fue tan prolífica y bendecida esta experiencia, que mis ruegos fueron aceptados, otorgándome la feliz experiencia de alargar mi presencia oficial durante los mandatos de los distinguidos Abogados Germán Corrales Patiño y Carlos Alberto Daza. ¡Qué regalo mayor el recibido! El compartir tantos años y tanta riqueza gubernamental y democrática acumulada, creo fueron las razones para que, en delante de aquellas calendas, en el registro patrimonial de mis tesoros personales guardados en el baúl del alma se guardarán las huellas del ferrocarril, la belleza de la producción de flores, la santidad de Dorita, el humeante y rico aroma de uno de los mejores cafés de Colombia, la belleza

señorial de Tunía y hasta el sabor del inconfundible Pollo Dorado al Limón.

Y como si todo lo expresado fuese poco, quiso la buena fortuna que, en alguna soleada tarde, arropado por la brisa de La Vereda Los Arados y alegrado por los colores destellantes de hermosos jardines cultivados con amor, se me ofreciera la oportunidad para convertirme también en habitante de tan adoradas campiñas, así la pertenencia fuese de carácter ocasional. En ese edén transcurrió gran parte de las épocas de niñez de mis hijos. Gozaron conociendo la naturaleza y aprendieron que la vida en los campos, debe ser parte de los procesos formativos para la vida. En ese mismo espacio regaron sus delicias mi familia y amigos, en veladas, fiestas y encuentros signados por la alegría, el buen sabor de las comidas preparadas y el dulce arrullo de múltiples copas que ensalzaron nuestros espíritus y les otorgaron soltura a nuestros músculos para fortalecer los abrazos y expresar sus dichas con las emociones propias de la alegría.

Y, para terminar, de manera deliberada he tomado la decisión de consignar sentimientos para enaltecer el valor de la amistad y para rendirle eterno culto a la calidad humana de mis amigos y amigas piendamoneños. El sentimiento general que profeso, lo remito y resumo con especial cariño y deferencia para referirme a Jaime Franco Posada y Clara Luz Echeverry. A Jaime lo conocí en Bolívar, cuando tuve el orgullo inmenso de ser su Primer alcalde elegido popularmente y fue mi coequipero irrepetible para implantar los deseos de gobierno popular que por siempre busqué. A partir de esa experiencia, extendida en virtud del trabajo conjunto entre El SENA y El PNR, conocí a Clarita y desde el mismo instante de conocer por vez primera la belleza de su preciosa mirada y su inconfundible risa, se selló una amistad que desafortunadamente se rompió, a partir de su lamentable y dolorosa desaparición. El valor de esa relación es

incommensurable. Las virtudes de esa pareja, coinciden afortunada e íntegramente con nuestra forma familiar de apreciar y disfrutar la vida y en tal sentido, nos hemos empeñado en continuar tratándonos y comportándonos como hermanos y allegados, que no comparten sangre, pero si comparten alma y corazón. Así de fuerte, así de grande es nuestro aprecio por nuestras amistades de Piendamó.

Afortunadamente algún día, el destino me bajó del equivocado bus que siempre transitaba y me permitió llegar a una especie de nueva y buena patria chica. La misma que amó y por siempre recordó con afecto mi paisano El Docente Leonardo Zúñiga, quien inauguró su vida profesional en este rincón de marcada belleza humana y natural.

FELICES 100 AÑOS PIENDAMÓ.

CARLOS HORACIO GÓMEZ QUINTERO.
Abogado, Asesor de Diferentes Administraciones
Municipales en el Cauca, Ex Alcalde de Bolívar, Cauca.